
ROBERTO CASTILLO. FIGURAS DE AGRADABLE DEMENCIA

Ed. Guaymuras, S. A. Tegucigalpa, Honduras. 1987.

Luz I. Martínez Santiago

Honduras, como muchos países centroamericanos, tiene una narrativa sólida, consistente, pero prácticamente desconocida en y fuera del país. Son diversas las razones que influyen en esta situación: limitada difusión de las obras, escasez de editoriales, índice de analfabetismo alto, concentración mayoritaria de su población en áreas rurales y, finalmente, la pobreza.

A pesar de todas las circunstancias adversas, los escritores de este país han producido--desde principios de siglo--una obra de gran calidad especialmente en dos géneros: en poesía y cuento.

El cuento--de gran raigambre realista y fuertes preocupaciones socio-políticas--tiene una tradición de narradores que se inicia a principios de siglo. Pero, es a partir de la década del '60 cuando surge en el panorama cuentístico hondureño una serie de escritores que--como en el resto de Hispanoamérica--revolucionan esta estructura literaria, tanto a nivel del lenguaje y recursos técnicos como a nivel de temas.

Esta corriente de escritores de tendencia experimental está representada por figuras como Eduardo Bahr, Julio Escoto, Marcos Carías Zapata, Edilberto Borjas, José Porfirio Barahona y Roberto Castillo.

Roberto Castillo inició su creación narrativa en San José de Costa Rica, donde estudiaba filosofía. Allí, en los periódicos de esta ciudad y en revistas de Guatemala publica sus primeros relatos.

Cuenta en su haber, hasta el presente, tres publicaciones: **Subida al cielo y otros cuentos**, en 1980, **El corneta**, 1981 y **Figuras de agradable demencia**, 1985.

La mayor parte de sus cuentos se desarrolla en el área rural y giran en torno a problemas socio-económicos y políticos de su país, como son la miseria, el abandono, la explotación y la represión militar. Roberto Castillo ha logrado

configurar un estilo muy personal en el que destaca el manejo del lenguaje y la utilización de elementos fantásticos entrelazados con un realismo no mimético.

Figuras de agradable demencia--libro que ocupa nuestra atención ahora--consta de ocho cuentos en los que el autor nos presenta una galería de personajes en situaciones paradójicas, grotescas u oníricas que le permiten profundizar en el interior del ser humano, detectar sus lacras y poner de manifiesto una profunda y terrible descomposición social.

Cada uno de los cuentos--"La laguna", "El loco divino", "Los eduvines", "Tatareto", "El inventor", "Figuras de agradable demencia", "Después del Iscariote" y "El Atarantado"--funciona como una pieza clave de un andamiaje mayor o de un enorme mosaico. Este mosaico viene a ser--entendemos--la sociedad hondureña actual, en un primer plano significativo y, de manera paradigmática, representa el estado del mundo de nuestro tiempo.

"La laguna"--cuento que obtuvo el Premio Latinoamericano Plural de Narrativa en Mexico, 1984--es el que encabeza este conjunto en el que lo grotesco y lo real maravilloso se cruzan con lo cotidiano. En él, Castillo--valiéndose de elementos del mito--elabora el tema del hambre como producto de la alienación económica.

El autor nos presenta a tres jóvenes que se dedican a pescar y a comer tinguros en la quebrada. En pocos meses acaban con todos los que había en aquel lugar y tienen que trasladarse a la laguna. Los tres "cipotes" escandalizan a los habitantes del pueblo porque todos los días a la hora del Angelus entran al pueblo comiendo tinguros secos y salados. Tirilo, Roque y Chilipuco, intentan enseñar al pueblo a comer tinguros, pero una y otra vez son rechazados. Un buen día, los tinguros se acaban y los jóvenes desaparecen. A partir de ese momento cunde el

hambre, la llegada de la lluvia se atrasa más de dos meses y las cosechas se pierden. Mas, al cabo de un tiempo, aparecen los tres jóvenes regando huevos de tinguros en los lugares de la siembra. Al día siguiente, llueve y poco después nacen las siembras. Entonces

comenzó una temporada que fue la más lluviosa en muchos años. Los caminos se volvieron intransitables al encharcarse y llenarse de agua. Por todas partes aparecieron tinguros, hasta en las calles del pueblo y en los pozos de las casas. Siguió cayendo agua y cayó tanta que se pudrieron las cosechas. Hubo mucha escasez, hambre y desesperación. (Pág. 9)

Como en la hambruna anterior, Tirilo, Roque y Chilipuco reaparecen y alimentan a la hambrienta población con tinguros frescos. Cuando éstos se acaban, los tres jóvenes vuelven a desaparecer y comenzó a crecer la leyenda sobre ellos y sobre la laguna.

Uno de los grandes aciertos de Roberto Castillo en este cuento es elevar los personajes a la categoría de mito. De hecho, con la muerte de los jóvenes, sobreviene una bonanza de tinguros.

En el relato se entrecruza el tema del hambre con el de la guerra. Este último aparece sugerido a través de la mención de helicópteros que vuelan bajito//, grupo de soldados que caminaban por la otra orilla//, gritos de dolor que cundían por todas partes y siete niños "que mueren" de los granizos.

El final resulta sorprendente puesto que después de un tiroteo, un gentío corre enloquecido y en su carrera encuentran tres cuerpos deshechos por las ráfagas de las ametralladoras. Un viejo desdentado al verlos exclama: "*Son ellos, son los que yo les decía que...*" (Pág. 12). No puede seguir hablando porque cae muerto, acribillado. Entendemos que los tres cuerpos corresponden a Tirilo, Roque y Chilipuco. Sospecha que confirmamos, pues con su muerte:

los granizos se derretían y liberaban los más increíbles y variados tinguros de la tierra: tinguros verdes color carbón,

anaranjados o grisáceos, tinguros de color fuego o verde metálico, como ciertos moscardones, tinguros lisos y resbalosos o ásperos y encrestados, tinguros de todas las formas posibles que, en locos movimientos, retornaban, por fin, a la laguna. (Pág. 13)

Con don Juan Diego Eleudómino, protagonista de "El loco divino", nos enfrentamos a otra "agradable" figura: a la locura provocada por el abuso de drogas. El cuento está narrado por un narrador testigo que nos relata las aventuras del protagonista. Don Diego, como un Quijote del siglo XX, vive inmerso en su locura. La parodia de la inmortal figura de Cervantes es clara. El escape de la realidad se produce mediante una aparente locura: la idealización de la mujer, la búsqueda de la amada, la participación en incidentes en los que recibe golpes, la de parientes que van en su busca una y otra vez, y que lo rescatan, la de las escapadas continuas del protagonista.

Los encuentros de este nuevo Quijote no son con gigantes ni con molinos, sino con el narcotráfico, la guerra, los dictadores y el paso destructivo de la llamada civilización.

Es, precisamente, este personaje demencial el que se da a la búsqueda del origen del mal y de los demonios.

En este cuento, como en "La Laguna", el tema militar aparece de forma incidental. El narrador testigo recuerda que dejó de ver a don Juan Diego cuando se fue del pueblo para ingresar en el ejército. Le dieron entrenamiento en un grupo especial y lo enviaron a combatir a otro país. Roberto Castillo presenta otra faceta de la alienación, pues apunta al hecho de la participación del ejército hondureño en la invasión a la República Dominicana. Al regresar a su país trabaja con el Departamento de Investigaciones Nacionales. Mientras trabaja en la sección de narcóticos se producen las acusaciones contra personajes influyentes, quienes sospechan de su participación en las acusaciones y le propinan una soberana golpiza. Las heridas recibidas en la cabeza fueron tan graves que no curó de ellas, sino que se quedó padeciendo--igual que don Diego--terribles dolores de cabeza.

Al final de la narración, las figuras de don Juan Diego y la del narrador testigo se confunden. Este, al igual que aquél va al árbol del Bien y del Mal para que "el Padre Eterno 'le' revele todas las visiones que en otro tiempo le revelaba a don Juan Diego Eleudómino de la Luz Morales". (Pág. 28)

La enajenación a través del alcohol, el reclutamiento militar obligatorio y el rebajamiento del sexo a una simple transacción comercial son parte de la vida de los seres que conforman el mundo de "Los eduvines".

"Tatareto" devela lo que se esconde tras las cercas de alambres que rodean un colegio. Tras éstas habita la frialdad, la crueldad, el homosexualismo y la delación.

La represión sexual, provocadora de los mismos excesos que pretende prevenir, aparece en "El Atarantado". Este personaje tras su conducta aparentemente despistada y que origina su apodo, oculta una enorme sagacidad. Es en este cuento donde mejor se advierte un ataque refinado contra la ambivalente y contradictoria formación religiosa tradicional.

Contradictoriamente, es este personaje despistado--quien con su resistencia pasiva frente a las normas escolares--revela su no acomodamiento al sistema.

El cuento que le da nombre al libro **Figuras de agradable demencia** constituye el centro de todo el libro. La narración muestra un mundo donde prevalecen las apariencias, las intrigas y el chismorreo en el que el ser humano y las relaciones sexuales se degradan.

El tratamiento de los personajes es uno de los aspectos más significativos de este relato. Estos son personajes colectivos y sólo aparecen

identificados por sus lenguas. De esta forma se les identifica como Lenguas Escorpias o Lenguas Viperinas.

El mundo de las Lenguas Viperinas es cerrado y su vida transcurre entre objetos. La felicidad de las Lenguas Escorpias estriba en acercarse al mundo de las viperinas.

En este cuento, al igual que en "El Atarantado", hay visos de cierta rebeldía. Esta se manifiesta en la transgresión de lo establecido. Así, una lengua escorpia llamada Lengua Santa se levanta contra este mundo superfluo. Su rebeldía alcanza el clímax cuando Lengua Santa sube al piano y orina a todos los presentes. Con carcajada perversa, Lengua Santa

anunciaba su transfiguración, parado sobre el piano en actitud de orinante insolencia, hacía contorsiones peligrosas para que el chorro mortal abarcara un radio mayor. El fantasmal griterío de los que buscaban ponerse a salvo ahogó sus palabras, que fueron el último insulto, dichas con la entonación de un final majestuoso: -Todos ustedes son unas figuras de agradable demencia. Eso es lo que son FI-GU-RAS-DE-A-GRA-DA-BLE-DE-MEN-CIA. (Pág. 77)

En síntesis, **Figuras de agradable demencia** proyecta imágenes que contradicen el adjetivo utilizado por Roberto Castillo. Las figuras que desfilan por cada relato no son agradables. Cada uno tiene sobre sus hombros una carga diferente, pero igual de pesada.